

CABEZA DE EUROPA

Probado como queda que hay una *unidad hispánica*, y que consecuentemente existe un *interés peninsular*, ya se sabe que semejante interés no es de la pertenencia exclusiva de España, ni tampoco de la de Portugal. Resulta, evidentemente, de la suma natural y acorde de los varios intereses de las dos gloriosas Patrias de la Península. ¿En qué se concreta, pues, el *interés peninsular*? Se concreta, sobre todo, insistimos, en la salvaguarda del tipo superior de civilización, creado y difundido tanto por Castilla como por Portugal. El *interés peninsular* lleva durante la reconquista a castellanos y a portugueses a suspender sus luchas de límites y de desenvolvimiento, para enfrentarse con el islamismo en Las Navas de Tolosa y en el Salado. El *interés de la Península*, ante un enemigo que amenaza sojuzgarla, no es entonces el interés conjunto de Portugal y de Castilla solamente, sino el interés mayor y más sagrado, del orden europeo. Así, el tipo de civilización que las dos patrias de la Península salvaron de la subversión y que después derramaron por el mundo, es, en su esencia, lo que equivocadamente se llama «civilización latina».

Trátase de una especie de predestinación que la Península ya traía consigo desde los tiempos más remotos. Se debía a su situación geográfica, situación tan rara y privilegiada, que queremos reproducir, como la describe un autorizado sabio español. He aquí cómo se expresa a este respecto el eminente geólogo don Eduardo Hernández Pachecho, en su *Discurso de admisión en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (1): «La Península Ibérica ocupa en el extremo del conjunto peninsular europeo una situación avanzada hacia el Oeste y hacia el Sur, de tal modo que constituye el término de enlace entre Europa y el Continente africano, de cuyos caracteres fisiográficos participa en gran parte, de tal modo que, mientras por el Noroeste, el borde cantábrico y la cordillera pirenaica, y en cierta zona de su prolongación por las montañas catalanas, su fisiología es claramente europea, la mayor parte coincide con los caracteres norteafricanos occidentales, ofreciendo el tipo intermedio o mediterráneo la ancha zona levantina que asciende hacia las mesetas centrales».

«Por otra parte—afirma el mencionado autor—, es la tierra más avanzada hacia el Oeste del actual continente europeo, siendo la más cercana de América, situación central y privilegiada que contribuye a explicar en el pasado geológico el carácter de sus faunas de mamíferos terciarios, con analogías con las americanas, como algunos descubrimientos recientes van poniendo en evidencia, pudiéndose suponer que nuestro país fué en aquellas remotas épo-

(1) Madrid, 1922, páginas 20 y 21.

cas, lugar de origen y centro de dispersión de ciertas especies, tales como algunas antecesoras de los equidos actuales, a través de las entonces existentes tierras atlánticas». Y Hernández Pachecho prosigue: «Esta especial situación geográfica nos explica también por qué en reciente época histórica ejerciera España el dominio del mundo, y los pueblos ibéricos, españoles y portugueses, extendiesen su influjo hacia América y hacia Africa, avanzando sus navegantes hacia el ignoto y oscuro Atlántico, hacia nuevas tierras, o remontando la inhospitalaria costa africana doblaron el cabo de las Tormentas y, proa a lo largo desconocido, se extendieron por todos los mares y por toda la redondez de la tierra».

Lanzada conjuntamente sobre el Mediterráneo y sobre el Atlántico, la Península participó en otras edades de los beneficios del antiguo mar de las civilizaciones, como hoy participa de la hegemonía atlántica, cada vez más acentuada, de la edad moderna. Se comprende sin dificultad cómo a través de la Península se transmitieron al resto de Europa las viejas formas culturales, comunicadas del Oriente. La importancia de la Península se señala pronto en el albor de los tiempos protohistóricos, y a partir de entonces, la violencia con que los pueblos predominantes se la disputan en la antigüedad, bien nos muestra el valor que ya se le atribuía. Más tarde, en la Península se entronizan, con mayor o menor éxito, los diversos imperialismos, conscientes o instintivos, que aspiran al señorío universal del orbe. Si la incomparable posición de la Península le atrae con los peores azotes un interminable turbión de invasiones, por ello mismo se le abren las más bellas perspectivas del futu-

ro. Al concentrarse en el Mediterráneo los derrotados de la civilización, nadie es más favorecido por ellos que la Península. Los descubrimientos nos desplazan hacia el Atlántico, y la Península, terraza de Europa donde, según el Epico, «a terra acaba e o mar começa», ve doblarse ante ella un horizonte sin fin, cargado de las mejores promesas. Su cualidad de tierra intermedia se intensifica y aumenta de alcance. Y mirando ahora a las naciones mozas del Nuevo Mundo, podemos, en verdad, afirmar que la hora presente, como ninguna otra, es la «hora de la Península»!

Efectivamente, en la preponderancia ya definida de los países americanos, el Atlántico va a volverse, en la vida social del planeta, un mar interior, el lago doméstico de la civilización, como antes lo fué el Mediterráneo. El fruto de los descubrimientos madura al fin. ¡Preparémonos, por tanto, para recibir la alta dignidad de que Dios nos inviste como punto de unión entre Europa y América, y preparémonos, como es imperioso que nos preparemos, abriendo sin reserva ni intenciones condicionadas el camino de la *alianza peninsular*!

«La vida es de hecho una creación constante», observa Claude Bernard. «En cada germen vivo hay una idea creadora que se desenvuelve y manifiesta por medio de la organización. En toda su duración el ser vivo permanece bajo la influencia de esa fuerza creadora, y la muerte sobreviene cuando ya no puede darle realización». Cuál es en la existencia de la Península la *idea creadora* que presidió a su génesis de engrandecimiento, de sobra lo sabemos.

Pretendió ella organizarse en su forma natural,

la de la colaboración solidaria de las dos nacionalidades peninsulares. No lo permitió un falso concepto de la realidad, inspirando conductas extremas o erróneas, ya con el espejismo pernicioso del unitarismo, ya con la práctica suicida del aislamiento y de la desconfianza sistemática. Si, conforme con la aguda reflexión de Moniz Barreto, «el período de la alianza española coincide con la época de mayor prosperidad y de plena expansión del genio portugués», no es también menos cierto que la decadencia de las dos naciones peninsulares corresponde al dissentimiento, que logró separarlas en actitudes hostiles. Con exclusión de las dos experiencias, ya arrinconadas por su total fracaso, es la política de la Casa de Avís, es la política de alianza la que, sin restricción y con perfecta lógica, se deduce de las lecciones del pasado y se ciñe, apretadamente, a los problemas de la actualidad.

Pero ¿en qué condiciones? Las condiciones anunciadas en el magnífico estudio de Monís Barreto, por nosotros citado tantas veces, y que está esperando el ser arrancado, para una más vasta publicidad, de las columnas adormecidas de la *Revista de Portugal*. Oigámoslo en sus sensatísimas consideraciones.

«Aun cuando la situación geográfica de la Península sea diferente de la de los pequeños países enclavados entre las grandes potencias adversas del continente, aun cuando no estemos, como Suiza, Rumanía o Bélgica, en el camino de las huestes que se precipitan con las armas en la mano, las unas al encuentro de las otras, es, sin embargo, cierto que la privilegiada situación de nuestro litoral sobre el At-

lántico y a la entrada del Mediterráneo, y la importancia del puerto de Lisboa como base de operaciones marítimas en las aguas occidentales de Europa, impide que nuestra actitud sea indiferente a las potencias empeñadas en una guerra que será en gran parte naval. La neutralidad es una ilusión cuando no está garantizada, o por el aislamiento geográfico, o por el desenvolvimiento de fuerzas imponentes. Y los diplomáticos que viesan en la inacción un medio de rehuir responsabilidades, podría verse rudamente desengañados por la contingencia de complicaciones imprevistas.»

¡La pluma de Monís Barreto se enciende a veces con chispas proféticas! Previendo acaso a treinta años de distancia muchas de las consecuencias de la guerra europea, se apresura a acentuar que: «si nuestra neutralidad continental, bien que insuficientemente garantizada, no está sin embargo, directamente amenazada, a punto de justificar temores por nuestra autonomía, nuestra integridad colonial es un problema grave, que requiere solución urgente». No se verificó, al fin de la gran contienda, la hipótesis encarada por Monís Barreto en relación al patrimonio ultramarino portugués. Pero todas las preocupaciones son pocas si ponemos nuestra atención en los designios, bien manifiestos, de la Unión Surafricana en lo tocante a Mozambique. Añádase que la manera que tuvimos de entrar en la guerra y cómo después fuimos abandonados en Versalles, dan actualidad propia y subrayan trágicamente las justas aprensiones de Monís Barreto.

«Ahora bien; contra esa eventualidad (la de que Portugal sea expoliado entre los furiosos egoísmos

internacionales), la alianza española es el único expediente viable y una garantía suficiente. Aun cuando los recursos de que disponen las dos naciones peninsulares no sean por ahora comparables a los de las grandes potencias europeas, son, sin embargo, suficientes para asegurar el respeto de nuestros derechos, sobre todo si reflexionamos en la repugnancia extrema de Inglaterra por acciones de las que puedan derivarse conflictos. Y si se atiende a que en el último conflicto, Inglaterra no apoyó sino a la fuerza las expoliaciones de sus colonos del Cabo, aunque se felicítase de los resultados, es lícito esperar que la Liga peninsular ni precise siquiera desenvainar la espada para imponer silencio a las ambiciones deshonestas de los filibusteros del Africa austral.»

«Para que una alianza entre dos potencias—adelanta Monís Barreto—sea viable, es preciso que ambas estén interesadas en ello y que no haya desproporción entre los intereses que les aconsejan la comunidad de acción. Para que la alianza peninsular se pueda convertir en realidad, no basta que nos convenga, es preciso que los españoles encuentren en ella ventajas que la recompensen de los sacrificios a que por ventura le haya de arrastrar.»

Y discurriendo acerca del ambiente moral en que esa alianza se produciría, el cronista de la *Revista de Portugal* reconoce con tranquila sinceridad: «Es cierto que existe en España una fuerte corriente de simpatía y fraternidad en nuestro favor. Es cierto que esa simpatía es un sentimiento antiguo, arraigado, capaz de inspirar acciones, especialmente en los medios en que la sensibilidad prepondera sobre la razón, como el pueblo, la juventud, los par-

tidos extremos. Es cierto que en ocasión del último conflicto con Inglaterra tuvimos de ello pruebas fehacientes (1). Las dos Prensas que más calurosamente tomaron nuestra defensa fueron la francesa y la española.

«Pero saltaba a la vista los sentimientos que las inspiraban. Los artículos de los diarios franceses estaban dictados, de un lado, por esa rectitud gala que brilla, siempre que la pasión no la perturba, y de otra, por una violenta animosidad contra la Inglaterra invasora del Egipto; pero se veía que, en el fondo, los autores se interesaban por los portugueses tanto como por los chilenos. En los artículos de los diarios españoles, al lado de la indignación que inspira el abuso de la fuerza, se veía el resentimiento de un insulto hecho a gentes de la propia sangre. La unanimidad de la opinión española sólo fué igualada por su desinterés, y la sorpresa de la Prensa inglesa, ante la actitud de la española, se explica dada la ausencia de disentimientos políticos entre las dos

(1) Ved, por ejemplo, el interesante opúsculo de Castaños y Montijano, *Estudio Geoestratégico de Portugal en el supuesto de una agresión por la costa* (Toledo, 1890), en el cual la hipótesis enfrentada es la de que «la agresión partiría de la Gran Bretaña y sería dirigida a la costa occidental de nuestra Península». Castaños y Montijano se justifica del siguiente modo: «Digo de nuestra Península, porque en tal situación España no habría de permanecer impasible ante la desgracia de una nación que, por historia, tiene el derecho de reclamar su auxilio; que la ha acompañado siempre en sus glorias de allende y aquende el Atlántico, en sus prosperidades, en sus desgracias y hasta en sus discordias intestinas, con comunidad de origen y actualmente comunidad de miras». ¿No es muy significativo?

naciones, y dada la calculada amabilidad que afecta en sus relaciones con España, interesada como está en combatir la hegemonía francesa en el Mediterráneo».

Y sigue Monís Barreto: «Todo esto es exacto. Pero es también cierto que a los diplomáticos que tienen a su cargo la gerencia de los intereses externos de una potencia asiste la obligación de determinarse por consideraciones de orden positivo y subordinando los motivos de sentimiento a los de un orden racional, dirigiéndose por los dictámenes de una política esencialmente realista. En este caso sucede, por una de esas coincidencias que son la expresión de las necesidades más íntimas de la Historia, que el sentimiento está de acuerdo con la razón. La inteligencia con Portugal no sólo va en armonía con los instintos del pueblo español, sino que satisface las exigencias de la política española».

¿Cómo? Monís Barreto responde: «El programa de esa política responde a dos consideraciones de orden superior: la defensa de la integridad territorial en el continente y la conservación del *statu quo* en Marruecos. Ese programa consiste en una neutralidad armada, servida por una diplomacia vigilante y conservando plena libertad de acción para utilizar las fuerzas disponibles en provecho de los derechos amenazados». Con perfecta agudeza detalla a continuación Monís Barreto: «En lo que atañe a la defensa de la integridad nacional en el continente, está fuera de duda el que la naturaleza de la frontera oriental y la conocida energía del patriotismo español constituyen garantía seria a favor del respeto de la neutralidad española por parte de las potencias

empeñadas en un conflicto europeo. Pero quien haya meditado sobre las lecciones de la Historia, y haya de ellas obtenido enseñanzas, sabe que los derechos, si no están garantizados por la fuerza, nada valen, y que en los tiempos modernos, como en los antiguos, es la violencia quien decide en última instancia, y no encontrará excesivas las precauciones que se adopten para poner a su Patria al abrigo de un golpe de mano, conducente a arrastrarla a la órbita de influencias extrañas. Y quien complete esa lección general por el examen de la historia particular de España en los últimos doscientos cincuenta años, quien haya observado cómo durante su larga decadencia fué no solamente expoliada en su imperio colonial y atacada en su seguridad peninsular, sino además obligada a alianzas desastrosas, transformada en campo de batalla de ajenas ambiciones, explotada por sus propios amigos, ése aprenderá cuán poco se debe contar con la lealtad y desinterés de las naciones extranjeras, hasta de aquellas que lanzan a los cuatro vientos el pregón de su propia generosidad y se proclaman confesores y mártires de la causa de la civilización europea».

Verdadera teoría de la *alianza peninsular*, hemos aún de continuar escuchando a Monís Barreto en su admirable estudio: «La cuestión marroquí trábese de tal modo con la integridad nacional española, que no es más que un aspecto de ella. Un ilustre historiador inglés ha afirmado que es una ley de historia el que las poblaciones de la Península dominen o sean dominadas por las que se establezcan en la región africana fronteriza. En efecto, si por algún lado de España es vulnerable, no es ciertamente por el Nor-

te, defendido por la muralla pirenaica, sino por el Sur, abierto a las arremetidas del litoral africano, desventaja agravada por la existencia de una gran posición militar extranjera sobre el Estrecho y en tierra española. Es por esto por lo que una diplomacia patriótica debe celosamente vigilar las tentativas de ingerencia del imperio marroquí por parte de potencias europeas, y, señaladamente, de aquellas que ya tienen grandes intereses creados en la región berberisca, y que no hacen misterio de sus propósitos sobre todo el Noroeste africano. Procediendo de este modo, España sigue las tradiciones de su gloriosa Historia. Sería un capítulo más que sumar a la crónica lamentable de la decadencia peninsular si esa región marroquí, abierta a la acción de los dos pueblos cristianos por la espada de don João I y de los conquistadores de Ceuta, ilustrada por el valor de los fronteros de Africa, dorada por la robusta fama de don Alfonso V y por la gloria naciente de don João II, consagrada por el apostolado de Raimundo Lulio, por el martirio del Infante Santo y por la sangre de don Sebastião, venga a caer como Túnez arrancada por nosotros a los bárbaros, en las manos de aquéllos que en el siglo xvi se aliaban a los enemigos de la cultura europea en provecho de sus conveniencias políticas y de sus intereses comerciales en Levante».

«Para impedir esto, es preciso que España disponga de fuerzas que puedan pesar en la balanza europea. Pero, para conseguirlo, no es necesario que eche mano de iguales recursos que las grandes potencias europeas, porque su programa es un programa de conservación. Cuando una nación no as-

pira a conquistas, cuando no está interesada en la denuncia de los Tratados existentes, cuando todo lo que ella desea es la prórroga del *statu quo*, esa nación puede dispensarse de un alarde de armamentos igual a los que sirven rencores y codicias, y el presupuesto de sus ambiciones puede quedar reducido al mínimo».

Pero es preciso que ese mínimo exista, observa el publicista. «Suponer que la inacción es el proceder más prudente, constituye un grave error. El estudio de los últimos treinta años de la Historia de Europa, nos evidencia que al mismo tiempo que las condiciones de equilibrio aumentaron, los problemas constitucionales de la diplomacia europea se han definido y marchan a una solución que nadie puede garantizar sea pacífica. Entre esos problemas constitucionales está el que ya se puede llamar Problema del Occidente. La incapacidad, a un tiempo social y étnica, de los musulmanes del Mogreb para constituirse en un gran Estado viable y progresivo, envuelve en la extremidad occidental del Mediterráneo consecuencias análogas a las que análogas condiciones del Imperio otomano determinaron en la extremidad oriental. La cuestión de los Estrechos se reproduce al extremo opuesto del viejo mar en que se elaboró la cultura europea que atrae la atención de todos los que tienen intereses relacionados con la situación de los pasos marítimos. Y entre éstas, España, para quien la cuestión del Estrecho no sólo es de libertad comercial, sino de seguridad nacional, no puede ser la última en precaverse».

Y aquí Monís Barreto ataca el punto central del problema: «La inteligencia con Portugal representa

para España la seguridad de su frontera occidental, la adquisición de un extenso litoral como base de operaciones navales en el Atlántico y un acrecentamiento de fuerzas militares por la suma del contingente portugués. España puede encontrar alianzas más poderosas que la alianza portuguesa, pero ninguna que la cueste menos caro, que menos la comprometa y más se amolde a su programa de neutralidad vigilante y decidida a hacer respetar sus derechos. Y aun cuando las fuerzas sumadas de las dos naciones peninsulares sean escasas para intervenir de un modo decisivo en las contiendas europeas, son, sin embargo, bastante considerables para hacer pagar por un precio razonable la benevolencia de la Península, sobre todo si se hace entrar en cálculo la facilidad de defensa que le confiere su situación geográfica y la grandeza de los recursos que esconde bajo el manto agitado de la anarquía política».

«Combatir esta anarquía—agrega el escritor—será finalmente el último y más grave resultado de una decidida acción externa. Cuando se considera la desastrosa situación de la Hacienda portuguesa y la embarazada situación de la española, y cuando se reflexiona que esto no es sino la expresión del desorden político, que paraliza las energías de los dos pueblos peninsulares, podrá parecer una utopía de espíritus ambiciosos y quiméricos el redactar programas que impliquen audacia y peligros a naciones más precisadas de reconstituir sus fuerzas económicas en el reposo de la vida vegetativa. Pero aquellos que han meditado sobre las profundas paradojas de la naturaleza humana, saben que en cuestiones de orden político es muchas veces la audacia prudencia consu-

mada, y que es más fácil obtener lo superfluo que lo necesario».

«En efecto, ninguna razón exterior al estado moral de las sociedades determina la lamentable decadencia de un pueblo lleno de talento y que dispone de un suelo rico, como es el pueblo portugués, ni excluye del grupo de las grandes potencias y mantiene en la mediocridad a una nación, notable por su extensión y situación e ilustre por el genio de sus hijos, como es la gloriosa nación española. Ninguna otra causa se puede asignar a este hecho deplorable, aparte de la ausencia de un principio superior que unifique las voluntades dispersas y cree en el medio de fluctuación de las doctrinas y de los intereses un punto de apoyo para la acción gubernativa. Esa dispersión de las voluntades y esta fluctuación de las doctrinas, propias de una época individualista y crítica, la tenemos de común con todos los países situados en la mitad occidental de Europa. Para combatir sus resultados el único camino conveniente es apelar a los sentimientos que establecen un lazo de conexión entre energías otras veces opuestas. El sentimiento patriótico, con su mezcla proporcionada de pasión animal y simpatía general, y el perpetuo estímulo de la rivalidad con las naciones extranjeras, es hoy, por ventura, el único móvil colectivo de que puede usar un estadista creador, lo mismo que es también uno de los más profundos términos que puede explotar la invención artística. Es a la persistencia y a la energía de este sentimiento a lo que Alemania debe la conservación de su unidad contra los antecedentes separatistas y las discordancias religiosas y políticas. Es también a lo que Italia debe

su pacificación bajo la dinastía de Saboya, a despecho de las tradiciones republicanas de su vieja historia y de la energía del partido revolucionario, que tan gran papel desempeñó en la obra de su resurrección. Es la solidaridad frente al extranjero lo que mantiene reunido ese agregado heterogéneo de razas y lenguas que constituye la Monarquía austro-húngara, e impide que rueda disperso ese collar de reinos, que tiene por hilo el Danubio. Es a este sentimiento al que apelan los estadistas franceses, sedientos de equilibrios, entre la oposición de los elementos reaccionarios y las arremetidas del radicalismo intransigente. Y si algo puede sacar a las dos naciones peninsulares del marasmo de la indiferencia y del círculo vicioso de la intriga política, es el recuerdo de su glorioso pasado y el pensamiento de la misión histórica que tienen que desempeñar en el concierto de las naciones europeas y en la marcha de la civilización universal.»

Y a esta altura, oída y ponderada la previsión extraordinaria de Monís Barreto, se impone un largo comentario. Asombrosa predicción: nada es modificable de lo que general y esencialmente nos aconseja su espíritu de excepción. El ritmo desordenado de los acontecimientos confiere hasta un vigoroso realce a cuanto de profético palpita en la agudeza, cruda a veces, de su penetración. Así la instalación de Francia en Marruecos, sumando un capítulo más a la crónica de la decadencia peninsular, vino a llenar de dolorosa confirmación las preocupaciones, ya viejas, de Monís Barreto. Alcanzado, por otro lado, el punto extremo de su descomposición por el régimen parlamentario, salido del romanticismo políti-

co, con sus cuadrillas de insaciables submediocres, arboló en la Península su insignia, la anarquía gubernativa en fórmula permanente de Estado, ya se trate de Portugal, bajo el gorro frigio, ya de la católica España, con un Monarca por la gracia de Dios y de la Constitución. La pendiente ignominiosa de los dos nacionalidades hermanas, enredadas en los tentáculos de una execrable firma de plutócratas y arrivistas, se reviste de tintas negras de tragedia si consideramos la inconsciencia de los Gobiernos y la apatía de la conciencia colectiva. Portugal, al menos, reacciona ya contra los mitos innobles que lo explotan y esclavizan. Hay aquí lo que no hay en España: una «derecha» (llamémosla así) intelectual. Nada más inverosímil en su arcaísmo ideológico que, de un modo genérico, la mentalidad española. Vive-se allí la fermentación revolucionaria que nosotros conocimos en Portugal hace cincuenta o sesenta años, con Antero de Quental por jefe supremo. Y lo que es peor, ni a lo lejos se dibuja con el carácter positivo de una *doctrina* la intensa demolición del liberalismo, que los propios iniciadores de las *Conferencias del Casino* iniciaron entre nosotros, tocados por el verbo fuerte de Prudhomme.

Lo que sucede en España en los dominios de su vida interior sucede igualmente por lo que respecta a los horizontes de su vida externa. La cuestión de Marruecos, patentando bien manifiestamente en un rosario de desastres sucesivos la total ausencia de un criterio seguro por parte del Estado español frente a tan magno asunto, *nos demuestra la debilidad congénita de un régimen—el régimen individualista de la Revolución Francesa—para restituir a España al*

lugar a que sus sabias y virtudes magnificas naturalmente aspiran. Se padece en el país vecino—aun cuando sea nominalmente, una «Monarquía»—de la misma ausencia de autoridad y finalidad en los Gobiernos de que padece nuestro agitado y democrático Portugal.

De modo que las razones invocadas por Monís Barreto en el 91, a raíz del *Ultimátum*, subsisten poderosas como nunca, por el cortejo incesante de desgracias y humillaciones en que el prestigio de la Península se hunde cada vez más. Sólo la restauración del perdido sentimiento de la «unidad hispánica» evitará que se consuma la catástrofe final, y que, tanto España como Portugal, solidarios en el suicidio común, rueden sin epitafio a las criptas anónimas de la historia. En la preparación del futuro, a la inteligencia compite la obra inicial. Enferma España del mal que Salaverría definió con acierto: «superstición de Europa». El desprecio de un Unamuno o de un Ortega y Gasset por las líneas estructurales del genio castellano, representa, en personajes que se reputan de cultos, una renuncia completa de autonomía mental. Títeres de la gran feria de las ideas, cultivan el aplauso de la plebe del pensamiento, asumiendo posiciones de duda metódica que, ante el espíritu contemporáneo, bastan por sí solas para definir a quien las usa como forzados deplorables de las nobles cosas del entendimiento. ¡Y mientras tanto presumen de profesores de antiespañolismo, no faltándoles ambiente, encontrando siempre auditorio! *El pesimismo heroico de Angel Ganivet y, sobre todo, el formidable sentido nacionalista de Menéndez y Pelayo, no encontraron sucesores que de tan*

saludables invitaciones extrajesen una teoría de pública salvación. He aquí dónde buscar la raíz fundamental del desarreglo que sufre España, como nación, en sus categorías intelectuales y fundamentales. Refléjase en el desorden del Estado el desorden, todavía más revuelto, de las almas y de las voluntades. Por esto asistimos en España a una increíble preponderancia de los sofismas y de las ficciones, que ya pasaron de moda en toda la Europa que estudia y que obra, esforzándose por oponer a la torpe mentira del 89 una errata necesaria e inaplazable. Porque en Portugal tocamos más de cerca el fondo de la copa con que la Democracia emponzoñó las instituciones sociales y políticas de los dos pueblos peninsulares, estamos hoy en posesión de una percepción de los destinos de la Península, que difícilmente se alcanza en España, debilitada por aquella «fluctuación de doctrinas», de que ya nos habló Monís Barreto. Aunque somos minoría, cúmplenos tal vez el comienzo de una labor que ciertamente no procura basarse en realizaciones inmediatas, sin que se forme y tome consistencia primero, un movimiento paralelo y armónico que fortifique a los dos patrias internamente, librándolas de la infamante oligarquía de los banqueros y de los profesionales de la política.

La preparación del patriotismo, tanto español como portugués, es, pues, condición básica para entrar sin vacilaciones en el camino de la aproximación, y, consecuentemente, de la alianza entre Portugal y España. No el patriotismo romántico y palabrero, bandera de todas las clientelas, antifaz de todos los designios, hasta de los más inconfesables, sino el patriotismo que se nutre de las lecciones del

pasado, enfrentado como una experiencia y como una disciplina, y fuera de cuyo concurso no hay para las agrupaciones humanas ni estabilidad ni continuidad aprovechable.

Portugueses y españoles, sembradores de un mismo tipo de civilización, amplían y completan su patriotismo en una especie de supernacionalismo, de que participan igualmente las demás naciones de origen peninsular. Dar valor a su posición en el mundo, corregir los yerros políticos que nos debilitan y desautorizan en el concierto de las potencias, he aquí el programa que se impone a Portugal y España, para no desmerecer de las crecientes atenciones en que sus hijos de América no se cansan de envolver el sagrado nombre de la Península. Se comprende bien que, ante todo, hay que difundir un estado de espíritu que liberte en la Península a las mentalidades directoras, de los inconcebibles fetiches políticos, a los que aún sacrifican sin rubor. Víctimas del sofisma democrático, como ya señalamos, no son otras las causas del humillante aislamiento en que España se encuentra en Europa, ni de la dolorosa subalternización internacional que sufre Portugal. La llamada «decadencia de los pueblos peninsulares» no existe como motivo que explique su declive o su largo crepúsculo. Lo que existe es un divorcio entre las directrices fundamentales del genio peninsular y la noción vigente del Estado, que, en vez de servir las, coordinarlas y engrandecerlas se obstina, por una degeneración incalificable, en bastardearlas y deprimirlas.

Pero basta con que los conceptos negativos, a través de los cuales se aprecia la historia de las dos

patrias de la Península, se sustituyan por el sentido exacto de su admirable alma creadora. ¡Vivimos prisioneros de nuestras propias manos, en una obsesión suicida que nos hace indignos de la misión espiritual que realizamos en otras épocas y de aquella para la que el porvenir nos está convocando a cada instante! «En sentir general—escribe el general Quijano y Arroquia (1), convergiendo anticipadamente con la opinión ya citada de Hernández Pacheco—, sólo España y Portugal, por sus precedentes e índole especial de raza, pueden llegar a ser el verdadero lazo de unión entre Europa, América y Africa, y esto si en vez de verse sistemáticamente contrariadas en sus ideales se les ayuda, por el contrario, a realizarlos en provecho de la Humanidad entera». Era una simpática convicción la del autor de *El terreno, los hombres y las armas en la guerra*, suponiendo que alguien nos habría de ayudar, a españoles y portugueses, en la consecución de nuestros altos destinos históricos. De nuestro esfuerzo, y sólo de él, tendrá que salir el impulso que nos restituya al lugar que otros nos usurparon y que tranquilamente disfrutan, al menos con nuestro tácito asentimiento. Lazo de unión de Europa con Africa y con América, la Península, dispone de las condiciones exigidas para el alzamiento de su prestigio y de sus legítimos derechos, desde el momento en que se emancipe de los extranjerismos, tanto políticos como intelectuales, que la convierten en una colonia miserable de cuanto de malo vegeta al otro lado de los Pirineos. Con la agudeza de su penetrante cirugía

(1) *El terreno, los hombres y las armas en la guerra*. Madrid, 1892, página 143.

salvadora ya observaba Angel Ganivet en su bellísimo *Idearium Español*: «Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados, todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: *Lasciate ogni speranza*, sino este otro más consolador, más humano, imitado de San Agustín: *Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*».

Enunciaba Angel Ganivet el mandamiento primero del nacionalismo español. Lo suscribimos íntegramente, no sólo en relación a España propiamente, sino también en relación a Portugal, en relación a la Península entera. Antes de más largas y mayores empresas, tenemos que buscar en nosotros mismos la claridad que nos falta, el estímulo que no cultivamos. Eso nos obliga a remodelarnos de arriba abajo, amputando de nuestra fisonomía social las instituciones importadas que la vilipendian y tatúan. Como proyección universal de nuestro nacionalismo vendrá después nuestro supernacionalismo. Cuál ha de ser este supernacionalismo, ya lo sabemos nosotros; pero conviene que le oigamos definirlo a un escogido espíritu brasileño. Nos enseña Sylvio Romero en la conferencia *O elemento português no Brasil*, pronunciada en Mayo de 1902 en el *Gabinete Português de Leitura*: «Cuatro fueron las naciones que en la época del Renacimiento se dedicaron a la

faena de los descubrimientos y colonización de los continentes lejanos y exóticos, y hay en ello una cierta simetría, por más de un motivo interesante: dos pueblos católicos y latinos y dos pueblos teutónicos y protestantes: dos, uno latino y otro teutónico, fueron felices; es decir, consiguieron crear patrias nuevas, nuevas nacionalidades, y fueron, la gente hispánica, permitiéndome que bajo tal designación comprenda a las dos naciones peninsulares, Portugal y España, y los ingleses; otros dos, uno latino y otro teutónico, no lograron hasta hoy fundar nacionalidades, patrias nuevas, y fueron los franceses y los holandeses». Y Sylvio Romero continúa: «De este modo, los portugueses-españoles formaron el Brasil, Chile, México, la Argentina, Perú, las Repúblicas latinoamericanas, en suma; los ingleses, los Estados Unidos, el Canadá, Australia, El Cabo, independientes por completo aquéllos, casi independientes éstos; al paso que Francia y Holanda, en Argelia, en Cochinchina, en el Congo, en Java, en Sumatra, no han pasado de establecer factorías más o menos prósperas en unos puntos, más o menos atrasadas en otros» (1).

Disentimos de la opinión de Sylvio Romero al considerar a Inglaterra como fundadora de patrias nuevas, pues no sólo se lanzó a la faena del mar mucho después de que portugueses y españoles hubieran disipado los pavores del océano, sino que sus fundaciones coloniales son simplemente transplantaciones de la metrópoli, sin elaboración o asimilación de factores extraños preexistentes. Nadie ignora la

(1) *Discursos*. Porto, Librería Chardron, 1904.

inexorable caza al indígena que en los Estados Unidos caracterizó el período colonial, prolongándose sin rebozo por la vida de la ya independiente República norteamericana (1). Gracias a la protección de la Corona, influenciada benéficamente por las sugerencias cristianas de los misioneros, el indígena se vió tratado de modo diverso en las regiones ocupadas por portugueses y españoles. De aquí el que nos enorgullecamos, con justo título, de haber llevado a un estado social superior a los pueblos con los cuales nos tropezamos en las tierras que descubrimos, al inverso de lo que sucedía con los colonos salidos de la Gran Bretaña, esos cuáqueros del siglo XVII, imbuídos de un judaísmo nuevo, en que la Biblia alternaba con la más dura sed utilitaria.

Hecha, sin embargo, la rectificación, es evidente, por lo demás, que a la par de las nacionalidades provenientes de la Madre Hispania, sólo se nos deparan naciones o casi naciones, derivadas de la persistente acción de Inglaterra. Las reflexiones de Sylvio Romero, para quien portugueses y españoles son igualmente «hispanos», traducen los justos recelos del eminente publicista y profesor ante el crecimiento de población y económico de los Estados Unidos. Ya entonces se dibujaban las ambiciones imperialistas que estallaron en la Gran Guerra. Sylvio Romero, abogando por la alianza del Brasil con Portugal, exclama: «Sólo así, asistiendo a la difusión del elemento anglosajón por todos los continentes, del elemen-

(1) El Conde de Ficquelmont, en su estudio *Lord Palmerston, l'Angleterre et le continent*, ya en 1852 afirmó nuestro punto de vista.

to eslavo por toda la Europa oriental y por todo el Centro y el Norte de Asia, y del elemento francés en esa última parte del mundo y por el corazón de Africa ; sólo así, cuando hasta el Japón se apercibe para las peripecias del futuro y es de esperar que China haga lo mismo ; sólo así, sólo por la unión es como se mantendrá en el lejano porvenir la hermosa lengua de Vieira y de Herculano». ¡En poco alterarán los hechos el bosquejo de las previsiones de Sylvio Romero ! Más que nunca, con el encendido brasero de Europa y con ambiciones del Japón y de los Estados Unidos, se halla envuelto en siniestras amenazas el islote constituido por la raza lusitana, en su doble fisonomía portuguesa y brasileña. También aquí se nos impone como clara lección la necesidad de la aproximación de las dos familias hispánicas, ramificadas por más de un Continente y dotadas de un poder expansivo difícil de igualar, de modo que en las necesidades de nuestra defensa—de la defensa de Portugal y del Brasil—se nos presenta una de las más fuertes justificaciones de la constitución del gran bloque hispanoamericano. Conveniencias análogas las recomiendan a las nacionalidades de procedencia castellana. Singularmente nos lo demuestra un artículo publicado por el importantísimo diario de California *The S. Francisco Examiner*. Según don Rafael Altamira, de cuyo libro *España y el programa americanista* recogemos el expresivo informe, ese artículo titulado: «Los siete competidores» reproduce la tesis llamada de los «siete peligros», de Herbert Quick, en su *On Board the Good Ship Earth*. Pero resumamos la doctrina del publicista.

«Una nación como la nuestra—dice aproximada-

mente—es un gran negocio. Su fin principal consiste en triunfar, en tratar bien a sus empleados, esto es, a los ciudadanos que trabajan ; en desenvolver en el interior su economía y su productividad ; en estudiar y preparar la conquista de la hegemonía en la competencia exterior». Y escribe más lejos: «Cuando termine la guerra, con la Europa prácticamente fracasada y los Estados Unidos en casi iguales condiciones... será precisa toda la inteligencia de los hombres trabajadores de nuestro país, y especialmente toda la competencia legislativa que la nación pueda suscitar para servicio propio». Surgen para el articulista los obstáculos con que los Estados Unidos tendrán que batirse, y entonces aparecen los «siete competidores», que son, por su orden, los siguientes: musulmanes, hispanoportugueses, rusos, indios, negros, amarillos y «blancos». Comenta Altamira: «Es de suponer que con esta clasificación el articulista no pretende arrojar del grupo de las razas blancas (o como se decía antes, indoeuropeas) a los españoles y a los portugueses ; mejor dicho, a los hispanoportugueses de América. De todos modos, la separación es curiosa».

Ocúpese el articulista en seguida del «peligro» que, por la competencia resultante de la facilidad de producción y del menor coste de la mano de obra, representa para los Estados Unidos esa honda enemiga, sea emigrante o sea indígena de América, tenga el color que tenga ; blanca, negra o amarilla. Hacemos nuestras las palabras de Altamira al declarar que «no nos importa ahora recoger lo que dice de los musulmanes, de los rusos, de los indios, de los negros y de los amarillos ; pero sí, y mucho, lo que escribe

acerca de los americanos no yanquis y de esos blancos de quienes los separa». He aquí textualmente, conforme a la versión de Altamira, la parte relativa a los hispanoportugueses:

«Los hombres de sangre española y portuguesa disfrutaban con nosotros el dominio del hemisferio occidental. Su antipatía para con nosotros se basa en algunas razones justas, y en otras que no lo son. Los hispanoportugueses poseen la totalidad de este Continente occidental: desde el río Grande al Polo Sur, exceptuada nuestra pequeña faja del Panamá, la faja civilizada, si la modestia consiente proclamarlo (sic). Poseen, por lo tanto, nueve millones de millas cuadradas de tierra americana... Es probable que posean igualmente, por lo menos, las tres cuartas partes de la riqueza del hemisferio occidental, en su mayor parte inexplorado». Y el articulista enumera las inconveniencias de semejantes competidores: «Las prodigiosas condiciones que disponen para la lucha las razas hispanoportuguesas, por nadie son igualadas. Hemos despreciado loca y desdeñosamente, en los Estados Unidos, este hecho. La fecundidad de la raza es enorme, y esto desempeña un papel importante en la cuestión de la competencia nacional. Sin embargo, si los Estados Unidos quieren asegurarse con sensata precaución, como cumple a un hombre de negocios, no deben preocuparse exageradamente de la competencia hispanoportuguesa. Son, en verdad, excelentes luchadores; pero su propia energía la emplean en combatir a sí propios; si, por ejemplo, New Jersey tuviese cada dos años una guerra con Connecticut, ni New Jersey ni Connecticut podrían causar a Illinois daño apreciable.»

«Su extraordinaria natalidad—dice el articulista—llenaría los nueve millones de millas cuadradas, atemorizándonos seriamente, si de cada cien criaturas nacidas entre los infelices, ignorantes y supersticiosos (Altamira subraya estos adjetivos) hispanoportugueses, no muriesen el 50, y en muchos puntos, el 70 por 100. Compadres que se matan los unos a los otros, y con las semidesfallecidas y desgraciadas madres que ven cómo les desaparecen sus hijos, de nada más necesitamos que de una buena escuadra y de sentido común para dominar a semejantes competidores». Más adelante, con irreprimida alarma, el articulista confiesa: «El gran peligro «blanco» está dentro de nosotros, en nuestra casa. Es el peligro de la arrogancia nacional y de una loca indiferencia. El peligro existe en la competencia extraña: en la maravillosa capacidad de Alemania, en la consistencia y astucia diplomática de Inglaterra y en el intenso patriotismo de Francia... Para prevalecer contra el mundo exterior, necesitamos de protección, de mucha protección durante larguísimo años. Tampoco lograremos nuestra parte en el mundo de los negocios mientras no aprendamos a criticarnos debidamente y a vencer el gran peligro blanco, la arrogancia nacional y el amor propio». Define, pues, el articulista por «peligro blanco» la extravagancia americana y su debilidad para «vencer la competencia extranjera».

Habrà, sin duda, exageración en las afirmaciones del articulista de *The San Francisco Examiner*, sobre todo en su pesimismo sobre las posibilidades orgánicas de los Estados Unidos; pero en lo que no exagera es en el juicio que forma de la desagregación

mortal en que se debaten en América los pueblos hispanoportugueses, y en la consecuente dimisión de predominio y prosperidad en que de hora en hora caen con sus luchas fratricidas. Se reflejan allá, a lo lejos, en la otra margen del océano, los espectáculos vergonzosos de las antiguas metrópolis.

¡Nosotros, que hicimos posible este bello florecimiento de patrias, perdimos la idealidad tradicional, y con ella la primitiva fuerza creadora! No sólo por España, no sólo por Portugal, es necesario el que nos reintegremos a las direcciones fundamentales de nuestro genio. ¡Lo exigen nuestras responsabilidades para las naciones a quienes dimos el ser y la civilización que heroicamente supimos crear!

Pensando en esto, se me viene a la memoria cierto episodio que Angel Ganivet nos cuenta en su *Idearium Español*. Cónsul en Antuerpia es llamado una vez al hospital, donde ya en la agonía un pobre anónimo suplicaba su asistencia. Era un colono llegado del Congo, casi a las puertas de la muerte, implacablemente devorado por la fiebre. Cedamos la palabra a Ganivet:

«Ahora mismo estoy viendo aquel hombre infelícísimo, que más que un ser humano parecía un esqueleto pintado de ocre, incorporado trabajosamente en su pobre lecho y librando su último combate contra la muerte... «Yo no soy español—me dijo—; pero aquí no me entienden, y al oírme hablar español han creído que era usted a quien yo deseaba hablar». «Pero si usted no es español—le contesté—lo parece, y no tiene por qué apurarse». «Yo soy de Centroamérica, señor; de Managua; mi familia era portuguesa; me llamo Agatón Tinoco». «Entonces

—interrumpí yo—es usted español por tres veces. Voy a sentarme con usted un rato, y vamos a fumar nos un cigarro, como buenos amigos. Y mientras tanto usted me dirá lo que desea». «Yo, nada, señor; no me falta nada para lo poco que me queda para vivir; sólo quería hablar con quien me entendiera, porque hace ya mucho tiempo que no tengo ni con quien hablar». Y comienza en este punto la parte álgida de la tragedia de Agatón Tinoco, tan humana como simbólica!

«Yo soy muy desgraciado, señor; como no hay otro hombre en el mundo. Si yo le contara a usted mi vida, vería usted que no le engaño». «Me basta verle a usted, amigo Tinoco, para quedar convencido de que no dice más que la verdad; pero cuénteme usted con entera confianza todos sus infortunios, como si me conociera de toda su vida». Y aquí el pobre Agatón Tinoco me refirió largamente—dice Ganivet—sus aventuras y sus desventuras; su infortunio conyugal, que le obligó a huir de su casa, porque, «aunque pobre, era hombre de honor»; sus trabajos en el canal de Panamá hasta que sobrevino la paranza de las obras, y, por último, su venida en calidad de colono al Estado libre congolés, donde había rematado su azarosa existencia con el desenlace vulgar y trágico que se aproximaba, y que llegó aquella misma noche». Ganivet se conduele. Y tocado de súbita inspiración es, a la cabecera del agonizante, una voz repleta de las sonoridades de toda la epopeya hispana.

«Amigo Tinoco—le dije yo, después de escuchar su relación—: es usted el hombre más grande que he conocido hasta el día; posee usted un mérito que

sólo está al alcance de los hombres verdaderamente grandes: el de haber trabajado en silencio, el de poder abandonar la vida con la satisfacción de no haber recibido el premio que merecían sus trabajos. Si usted se examina ahora por dentro y compara toda la obra de su vida con la recompensa que se ha granjeado, fíjese usted que su única recompensa ha sido una escasa nutrición, y a lo último el lecho de un hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que su obra ha sido nobilísima, pues que no sólo ha trabajado para vivir, sino que ha acudido, como soldado de filas, a prestar su concurso a empresas gigantescas en que otro había de recoger el provecho y la gloria. Y eso que usted ha hecho revela que el temple de su alma es fortísimo, que lleva usted en sus venas sangre de una raza de luchadores y triunfadores, postrada hoy y humillada por propias culpas, entre las cuales no es la menor la falta de espíritu fraternal, la desunión que nos lleva a ser juguetes de poderes extraños y a que muchos, como usted, anden rodando por el mundo, trabajando como oscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura. Piense usted en todo esto, y sentirá una llamada de orgullo, que le alumbrará con luz muy hermosa los últimos momentos de su vida, porque le hará ver cuán indigno es el mundo de que hombres como usted, tan honrados, tan buenos, tan infelices, ayuden a fertilizarlo con el sudor de sus frentes y a sostenerlo con el esfuerzo de sus brazos.»

Murió por fin Agatón Tinoco, transfigurado en el sentido inmortal de su raza, que Ganivet supo comunicarle inspiradamente. Todo el inmenso ambiente patético de su caso, resume el de la situación aná-

loga de los pueblos hispánicos sobre la faz de la tierra; además, en América, el yanqui avanza, enredando en sus tentáculos el florecer de tanta savia con derecho a un desenvolvimiento autónomo. En Europa reproducimos Portugal y España, aquel aspecto de acusada angustia que Monís Barreto fijó en una imagen inolvidable al compararnos en cierto modo al lienzo de la Verónica. ¡No se perdieron, sin embargo, los gérmenes relativos a grandeza! Dueña de una posición inigualable, que le entrega la llave del Mediterráneo al mismo tiempo que la lanza en terraza sobre las aguas siempre mozas del Atlántico, la Península puede volver a ser todavía «a cabeça da Europa», como Camoens la definió. Nuevas fuerzas le sonríen desde el otro lado del Océano. Carecen esas fuerzas de idealidad y de directriz, y a nosotros, peninsulares, nos cumple el proporcionárselas, devolviéndonos al espíritu obliterado de nuestra historia.

Poseemos hoy, en la ruina de las convenciones políticas y sociales engendradas por el individualismo del pasado siglo, el secreto de un resurgimiento que se encuentra en la concepción absoluta de la vida, tan gallardamente diseminadas por nosotros los hispánicos a través de mares misteriosos y de tierras desconocidas. En verdad, estructuralmente, si hay una latinidad, nosotros fuimos quienes la imprimimos con insistencia duradera, descontada la parte que le viene—¡e importante parte!—del Catolicismo. Con su parecer insospechoso comenta en un artículo de *L'Opinion* Albert Thibaudet (1): Dans ce

(1) Referencia de *La Revue Française*, núm. 25, año XVIII.

qu'on appelle l'idée latine il y a évidemment une bonne part de nuée oratoire et de verbalisme. Ni du point de vue de la civilisation, ni du point de vue des intérêts, les peuples qui s'étendent de la mer Noire à l'océan Pacifique ne représentent une solidarité de fait, et, pour prendre l'exemple le plus proche, nous avons beaucoup plus des liens de tous genres, et surtout intellectuels et littéraires, avec les anglais qu'avec les espagnols. Mais il n'en est pas moins vrai que l'analogie relative des langues constituent entre des peuples, un lien qui, comme tous les liens, doit être vérifié, entretenu, utilisé dans un sens d'amitié humaine. On a dit que le XX siècle serait le siècle de l'Amérique du Sud. C'est peut-être exagéré. Mais enfin il est probable qu'une grande civilisation de langue latine viendra un jour équilibrer la grande civilisation anglo-saxonne de l'Amérique septentrionale. Si l'Europe entre en décadence et si l'Amérique est appelée à recueillir en partie sa succession, le problème du latinisme pourra prendre une belle ampleur ; la solidarité des langues latines, qui n'est aujourd'hui qu'une réalité philologique, pourra devenir ce qu'est, dans le nord de l'Europe, sur champ plus restreint, la solidarité des langues germaniques, une réalité de culture».

Por tan expresivo juicio se ve que, finalmente, despojado de todo su aparato retórico, si el «latinismo» alcanza identificación, es el «hispanismo» quien se la ofrece. Compréndese bien que un Maurice Barrés afirme sin reticencias, dirigiéndose a Charles Maurras: «Je crois comme vous à l'utilité d'orienter une partie des imaginations françaises vers l'Espagne, vers notre voisine et vers ces immenses Améri-

ques qui parlent les langues de la péninsule ibérique». Al enunciar su fórmula de aproximación francoamericana, Maurice Barrés considera Portugal y España en igualdad de circunstancias.

En presencia, por tanto, de las rutas que el futuro nos ofrece, cumplamos el consejo de Gavinet, cirujano heroico, a su madre España: intensifiquémonos dentro de nosotros mismos para que el alma ancestral se restaure en toda su latitud. Unidos después los dos nacionalismos, el nacionalismo portugués y el nacionalismo español, que ellos se completen en el supernacionalismo de una gran alianza espiritual y política que sirva de marco al azulado espejo del Atlántico. Curada de la ideología leprosa que nos pervirtió, la Península será en Europa no sólo su cabeza, sino su salvadora. Y entonces, por vez primera, en la algidez del túmulo, Agatón Tinoco dormirá descansando.